



Margo Glantz

La segunda piel

Ya decía Balzac que para la mujer el vestido «es una manifestación constante del pensamiento íntimo, un lenguaje, un símbolo» y Flaubert, enamorado eterna y platónicamente de Madame Schlesinger, insiste en ofrecérsela en cada una de sus presentaciones, con un atavío distinto y sugestivo. Roland Barthes, recientemente fallecido, dedicó varios ensayos, entre otros el intitolado Sistema de la Moda, a este lenguaje que también es escritura. Es más, el vestido se opone, en su persistencia para ocultar y desvestir el cuerpo, a la desnudez adánica e inocente: cualquier prenda de ropa subraya el cuerpo y las revistas de modas lo van ataviando, descomponiendo, transformando.

El vestido puede ser también simplemente funcional, una prenda de ropa que proteja de las inclemencias del tiempo, esa piel cavernícola que nuestros antepasados, el antropopiteco por ejemplo, usaran para impedir que el frío les atravesase la piel y, sin embargo, la piel es también una leyenda: recordemos a Barbara Stanwick o a la pérfida Joan Crawford envueltas en un visón soberbio que se ostenta en las páginas perfectamente fotografiadas y coloreadas de la Revista Vogue: ¡Qué distancia entre la piel del hombre de Pekín y la piel de Raquel Welch! Las dos tan suaves y con todo... Aquí me interrumpo para intercalar una frase que mereciera volverse célebre:

«Tener un abrigo de pieles y no tener al hombre es mucho mejor que no tener abrigo y no tener hombre».

En el clásico libro de Sacher-Masoch, La Venus de las pieles, el inventor

del masoquismo explica su pasión.

«Es innata en mí, y ya de niño di muestras de esta predilección.

Además la piel ejerce una acción excitante sobre todas las naturalezas nerviosas, casi en general, como todas las leyes físicas. Es una atracción física, tan extraña como excitante...

Depravadas y crueles mujeres como Libusa, Lucrecia Borgia, Inés de Hungría, la reina Margot, Isabeau, la sultana Roxelana, las zarinas rusas del siglo pasado... todas vestidas de pieles o con ropas guarnecidas de armiño [...]».

Aunque solían emplearlas para determinados vestidos especiales, el uso de las pieles no se generalizó hasta la invasión del sur por los germanos y no podría decirse que los vestidos de pieles fuesen un artículo de lujo en la antigüedad. Este lujo alcanzó proporciones gigantescas en la Edad Media y Marco Polo comenta que las pieles de marta cibelina que adornaban las salas y los aposentos de Kublaikán venían a costar unos 2.000 bizantinos cuando eran perfectas y lo bastante grandes para que de ellas se hiciese un vestido. Para forrar el manto del Rey Juan II de Francia (1350-64) se emplearon 670 pieles de marta y uno de sus hijos mandó juntar 10.000 para forrar cinco mantos y cinco jubones de mujer (no existían entonces las sociedades protectoras de animales, ni artistas como Brigitte Bardot; tampoco se preocupaba la gente por la destrucción de las especies ni por el equilibrio ecológico). Para forrar un vestido que el mismo rey Juan quería regalarle a su nieto se reunieron 2791 pieles de ardilla; el enorme consumo de pieles hizo subir los precios en proporción a la demanda. Un abrigo de pieles perteneciente a la Emperatriz Eugenia, que le fue enviado a Inglaterra en 1870, tenía un valor de 670.000 francos. En realidad los datos anteriores nos hacen constar la humildad de nuestras actuales luminarias del jet set. ¿Cómo comparar el abrigo que usa Greta Garbo para salir de incógnita por las calles de Nueva York con el de la Emperatriz Eugenia? ¿Cómo equiparar los visones grises de María Félix con el manto del Rey Juan II de Francia? ¿No queda mal parada una piel Maximilien's ofrecida a Jacqueline Kennedy Onassis por el magnate griego frente a los forros que ostentaban los salones del Kublaikán (1217-97)? Es bueno comprobar esta modestia contemporánea, sin contar con que en épocas de barata cualquiera puede comprarse un mink aunque sea difícil entender para qué puede servir este tipo de piel en las regiones tropicales donde sirve mejor el potrillo. Una digresión: ¿para qué sirven las botas en verano?

Claro que una piel viste en el sentido literal del término. Pero ¿y lo que desviste? Digamos ¿un camisón o un bikini?

Esta abreviada prenda de ropa, la más susceptible de competir en contraste con las pieles, apareció en 1947 y 48 en la Rivera francesa organizando el aspecto más desnudo de la historia humana de occidente, aspecto apenas superado por el de la tanga, apreciada en Brasil, y nunca por el monobikini que como su nombre lo indica señala con violencia nuestra cercanía con el, ya mencionado antes, antropopiteco o con el Hombre de Cromagnon o con el de Pekín.

Los camisones de fibras sintéticas permitieron muchas lujurias postizas y la moda renaciente por fabricar en telas naturales la ropa íntima hace armonizar la suavidad de la primera piel con la brillantez y voluptuosidad de la seda y con la ingenuidad crispada del algodón ataviado con encajes. Los camisones y los fondos revisten una gran importancia y la intimidad antes reservada a las cortesanas (recuérdese *Pretty Baby*, de Louis Malle) se integra hoy a la sociabilidad porque el mismo camisón puede servir de vestido.

No importa: en verano la desnudez incita a la negligée (o al negligé) pero en invierno la desnudez retorna siempre a la piel.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario